



América Latina en un cambio de escenario: de la bonanza de las *commodities* a la crisis de la globalización

José Antonio Sanahuja

Cambio de ciclo en América Latina y el Caribe: economía, sociedad, política

¿Se encuentran América Latina y el Caribe en un cambio de ciclo económico, político y social? En el bienio 2015-16 convergen en la región un conjunto de procesos que, aún teniendo una fisonomía diferenciada según países, apuntan en esa dirección.

En el plano económico, en primer lugar, terminó el extraordinario ciclo de crecimiento económico que ha vivido la región, sobre todo los países sudamericanos, entre 2002 y 2013, impulsado en gran medida

por una bonanza exportadora de materias primas hacia las economías emergentes de Asia y en particular hacia China, que se ha convertido en pocos años en uno de los socios económicos más importantes de la región. Más allá de la diferente orientación de los gobiernos, progresista y neo-desarrollista, o liberal-conservadora, un elemento común a toda la región ha sido el mayor grado de dependencia de los bienes primarios y de la demanda de las economías emergentes de Asia. La excepción han sido México, Centroamérica y el Caribe, que en ese periodo profundizaron su relación económica con Estados Unidos, a cuyo ciclo económico están ahora más ligados.

Por ello, la caída de los precios de las materias primas, el deterioro de los términos e intercambio y la ralentización del crecimiento, y posterior recesión económica parecen marcar un punto de inflexión en la evolución de las economías latinoamericanas. Aunque el peor comportamiento de algunos países, como Brasil o Venezuela, responde también a las especificidades de su ciclo político y de su particular gestión macroeconómica, la finalización de esa fase de bonanza parece reactualizar para el conjunto de la región el ciclo secular de auge y caída y la “maldición de los recursos” que ha marcado la historia de América Latina y el Caribe.

La región también entra en una nueva etapa en cuanto a transformaciones sociales. El ciclo expansivo significó una expansión notable de las clases medias y rápidos avances en la reducción de la pobreza, y también hubo mejoras en muchos países en cuanto a la distribución del ingreso, gracias a las mejoras en el empleo y al activismo de los gobiernos, de uno y otro signo, aumentando el gasto social, en particular a través de programas para acabar con la pobreza extrema. Con la crisis, sin embargo, se han revertido esas tendencias positivas. Entre 2014 y 2016, por primera vez desde la crisis de 2008, han aumentado las tasas de desempleo y subempleo, en especial para las mujeres y los jóvenes. Una buena parte de los que dejaron de ser pobres durante el ciclo expansivo se encuentran dentro de la categoría que se ha denominado “vulnerable”, y la caída del empleo y el menor gasto en programas sociales —consecuencia de ajustes fiscales— pueden suponer un mayor empeoramiento de las condiciones sociales. Esta tendencia, hay que recordarlo, se produce en una región que antes de la recesión, y en parte como resultado de la ampliación de las clases

medias y las franjas de “no-pobres-pero-vulnerables”, ya experimentaba un amplio aunque difuso “malestar en la democracia”, en el que esos grupos sociales han cuestionado las tradicionales formas de gobierno, reclamando políticas públicas más eficientes, eficaces e inclusivas —en educación y salud, en seguridad ciudadana, en el transporte público, o el acceso a la justicia—, así como menos corrupción, y más transparencia, responsabilidad y rendición de cuentas. La región, de hecho, también parece iniciar un nuevo ciclo político caracterizado por el desgaste de los gobiernos progresistas llegados al poder desde inicios del decenio de 2000, y en algunos países, como Argentina, Brasil o Perú, ello ha significado el retorno al poder —por elecciones o por controvertidos procesos de *impeachment*— de partidos liberal-conservadores. Aunque esos cambios de gobierno puedan explicarse, en primera instancia, a partir del juego político nacional y de dinámicas domésticas como las antes mencionados, en una América Latina más integrada en la economía global, y por ello más sensible a sus ciclos y vaivenes, los procesos internos son cada vez más parte de dinámicas transnacionales tanto en sus efectos como en sus causas.

Finalmente, el cambio de ciclo económico, social y político también ha puesto en cuestión las estrategias de política exterior del anterior periodo expansivo, más asertivas y confiadas, los liderazgos regionales que las impulsaron —en particular, los de Brasil y Venezuela—, el activismo de muchos países en la cooperación Sur-Sur, o las nuevas propuestas en relación al regionalismo y la integración regional, fueran “post-liberales” o “post-hegemónicas”, o de reafirmación del “regionalismo abierto”, que fueron posibles merced a un contexto favorable de crecimiento económico, balanzas comerciales positivas, y superávit fiscales que se ha ido desvaneciendo. Por una parte, esos liderazgos se han desvanecido ante los imperativos de la crisis en cada uno de esos países. Por otro lado, esos nuevos regionalismos se han enfrentado a los límites inherentes en su diseño institucional, en sus premisas ideológicas, y en su capacidad de agencia. No se trata sólo de las propuestas post-liberales, que pierden dinamismo una vez se debilita la racionalidad neo-desarrollista y autonomista en la que se han fundamentado, así como las coaliciones de gobiernos progresistas y los liderazgos nacionales que las impulsaron. Las nuevas propuestas liberales, como la Alianza del Pacífico parecían emerger como triunfadoras de la pugna geopolítica con el regionalismo post-liberal, al presentarse como el

instrumento idóneo para que América Latina pudiera salir al mundo y participar plenamente del proceso de globalización y del creciente desplazamiento de la riqueza y el poder hacia la región Asia Pacífico. En ese momento, sin embargo, es el propio proceso de globalización el que empieza a mostrar sus límites económicos, políticos y sociales, junto a otros límites ambientales que ya estaban claramente presentes, lo que también pone en cuestión las estrategias de integración “Sur-Norte” de corte liberal impulsada por la Alianza del Pacífico.

Más allá del ciclo de las materias primas: ¿Crisis de la globalización, fin del globalismo?

El fin del ciclo de las materias primas podría ser interpretado, en un contexto más amplio, como una fase tardía de la crisis económica global que se inició en 2008. La caída de los precios y de los ingresos por exportación de *commodities* responde a una menor demanda global inducida tanto por el débil crecimiento económico internacional, como por la paulatina reorientación de la economía de China hacia un modelo de desarrollo con menor demanda de recursos naturales, más centrado en el mercado interno, y menos en las exportaciones a Estados Unidos y otros países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). En retrospectiva, puede afirmarse que la menor incidencia de la crisis global en gran parte de América Latina entre 2008 y 2013 fue la consecuencia de las políticas expansivas adoptadas por China y por Estados Unidos en ese periodo, que mantuvo la demanda y los precios de las materias primas mientras que otros países de la OCDE, y en particular la UE, atravesaba una fuerte crisis, en parte auto-inducida por sus propias políticas de ajuste. La retirada de esos estímulos entre 2014 y 2015, en un contexto de débil recuperación global, sería la causa primaria de que la crisis global haya llegado, aunque tardíamente, hasta América Latina.

Cabe, sin embargo, una interpretación más amplia: que el proceso de globalización, en la forma que ha adoptado desde los años noventa, se ha estancado, o incluso que ya está en crisis, y que la profunda recesión económica iniciada en 2008 sea una manifestación de sus límites y contradicciones, que distan de estar resueltas. Esa crisis se estaría manifestando, en primer lugar, en el menor crecimiento económico

y en el retroceso relativo de los flujos transfronterizos —comercio a través de cadenas globales de valor, inversión ligada a la deslocalización productiva— que lo impulsaron. Si se atiende a los datos más significativos, ese cambio de tendencia se aprecia con claridad: entre 2000 y 2008 las exportaciones crecieron a un ritmo muy superior al del PIB, lo que es un claro indicador de transnacionalización económica —para cada unidad de PIB adicional habría un mayor componente de comercio internacional, intra-industrial e intra-firma—, pero desde 2010 el crecimiento del comercio, además de ser más débil, se ha acompasado con el de la economía en su conjunto. El elevado nivel de apalancamiento y deuda en los países de la OCDE y en algunos países emergentes —tanto de los Estados como de empresas y particulares—, en parte heredado del ciclo de crédito fácil del periodo anterior la crisis, en parte de las políticas de expansión cuantitativa adoptadas por los bancos centrales en respuesta a la misma, anuncia un periodo de menor consumo e inversión, y de mayor aversión al riesgo y volatilidad financiera, en el que no es descartable una nueva crisis sistémica de deuda. Más allá de esos factores de corto y medio plazo, al incorporar factores de largo plazo como la evolución demográfica de los países de la OCDE, aparecen otros elementos preocupantes. Existe el riesgo, de hecho, de un “estancamiento secular” en las economías avanzadas, causado por poblaciones en declive y mercados sin dinamismo. Otro factor de incertidumbre está vinculado al cambio tecnológico que se anuncia—una nueva oleada de automatización, robotización, “relocalización” productiva, y de concentración y descentralización empresarial— y sus potenciales efectos disruptivos en los patrones de producción, consumo y empleo a escala global.

A lo anterior se suman lo que podrían ser considerados los límites sociales del proceso de globalización. Los indicadores globales de bienestar también parecen apuntar a un cambio en el ciclo histórico *de longue durée*, más que al impacto coyuntural del ciclo económico o la crisis financiera. En el conjunto de la OCDE, entre 1945 y mediados de los años setenta del siglo XX se registraron los mejores indicadores en materia de equidad en un periodo de doscientos años, desde la etapa anterior a la revolución industrial, si bien la desigualdad entre países siguió aumentando. El proceso de globalización, desde mediados de los ochenta, significó un cambio de ciclo: por primera vez en un siglo, la brecha entre los países ricos y los países en desarrollo —al menos

los emergentes— empieza a estrecharse, pero también comienza lo que Paul Krugman llama “la gran divergencia”: la desigualdad interna tanto en los países avanzados como en desarrollo está aumentando. A la hora de explicar estos cambios, hay que remitirse a la nueva “gran transformación”, por utilizar la expresión de Karl Polanyi, que ha sacudido a la economía mundial desde los años ochenta: globalización, desregulación, revolución en las tecnologías de la información, y expansión del comercio, los flujos de capital y la aparición de cadenas de suministro globales son los factores que explican tanto que las diferencias entre países se reduzcan, como que aumenten en su interior. Esos procesos han aumentado la escala y el tamaño de los mercados, y mayores presiones competitivas que suponen una creciente disparidad de ingresos en unos mercados de trabajo en rápida transformación, con mayores retribuciones para los trabajadores de la “economía del conocimiento”, y caída de los empleos de naturaleza administrativa y/o manufacturera antes asociados a las clases medias. Por otro lado, la incorporación a la economía mundial, en muy pocos años, de más de 1.500 millones de trabajadores de los países emergentes ha incrementado la tasa de ganancia del capital transnacional, y golpea a la población trabajadora con menor cualificación de los países avanzados, sometiéndoles a la competencia global sin que ya pueda protegerles la regulación estatal. La bibliografía sobre esta cuestión destaca cómo el cambio tecnológico y las brechas de cualificación, en un contexto de apertura y globalización, juega un papel determinante en el aumento de la desigualdad. Pero no menos importante es la erosión de las instituciones que promovieron la equidad en el pasado, como la negociación colectiva, la fiscalidad progresiva y las políticas sociales, atrapadas en los confines del Estado-nación y los pactos sociales nacionales, cuando la competencia y los mercados son ya globales. Estos procesos, además, han sido acelerados por la crisis económica, que ha supuesto mayor desempleo y recortes sociales, como revela el aumento de las brechas salariales y de la desigualdad visibles en las estadísticas de Eurostat o la OCDE, dudas respecto a la sostenibilidad de los Estados del bienestar y los derechos económicos y sociales, y menores expectativas de movilidad social ascendente que las que presuponen las sociedades abiertas.

Puede alegarse que estos procesos afectan a los países avanzados más que a los países emergentes, y en son ajenos a una América Latina

cuyo ciclo económico o político, aunque también vinculado a dinámicas globales, se encuentra en una fase distinta. Pero esto pasa por alto que esos procesos sociales, en la medida que tienen ya profundas consecuencias políticas, están alterando significativamente el escenario global en el que América latina ha de encontrar acomodo. En particular, se encuentran entre los factores causales del malestar social y la desafección ciudadana hacia sistemas democráticos, que nuevos actores políticos en la derecha populista y xenófoba han sabido movilizar y canalizar para conquistar crecientes cuotas del electorado, de poder parlamentario, e incluso para hacerse con el gobierno de algunos países. De la fuerza de estas tendencias da fe el avance de la extrema derecha en Europa, la salida del Reino Unido de la Unión Europea, o triunfo electoral de Donald Trump en Estados Unidos, en una inaudita victoria frente al *establishment* económico, mediático, y sobre la cúpula del propio Partido Republicano. Ese avance también influye en fuerzas de centro derecha e incluso en el centroizquierda, que asume y “normaliza” las posiciones de la extrema derecha para no perder más votos.

El ascenso de estas fuerzas ha tenido importantes efectos en la política y el conflicto social. Junto a la tradicional divisoria entre izquierda y derecha aparece un nuevo *clivaje* entre globalización y nacionalismo, entre sociedades abiertas y cerradas, entre “dentro y fuera”, que supone una amplia reorganización del campo de la política y el conflicto social. Es en cuestiones como la integración económica, el libre comercio o la política migratoria donde esa divisoria aparece con más claridad, erosionando el amplio consenso existente en torno al internacionalismo liberal, compartido tanto por actores de centro-derecha, como de centro-izquierda. La revuelta contra ese consenso de amplios sectores de la sociedad, que se consideran perdedores de la globalización, y contra el *establishment* que la respalda, ya tiene consecuencias en las opciones de política exterior, en la política migratoria, y en particular en las negociaciones comerciales y otros aspectos que afectan a la gobernanza del sistema internacional. Las negociaciones de la OMC, ya estancadas, son ahora, si cabe, aún menos factibles. En la UE, el gobierno francés ya ha reclamado un alto a las negociaciones del TTIP, mientras que Alemania ha reconocido que no podrán concluirse debido a la abierta oposición de Donald Trump. El gobierno austríaco elegido a finales de 2016 también ha manifestado su clara negativa. Trump tam-

bién ha anunciado su intención de renegociar el TLCAN para que sea más ventajoso para Estados Unidos. No está claro aún si con el nuevo gobierno estadounidense se afirmará una oleada de proteccionismo y nacionalismo económico, o una inédita combinación de unilateralismo nacionalista y de neoliberalismo asimétrico. Tampoco se puede afirmar aún si estos cambios suponen una crisis de la globalización y hasta qué punto proyecto y la ideología globalista que la ha impulsado; o bien, una nueva fase de ese proceso, más fragmentaria; o una era incierta de “post-globalización”. Pero cualquiera que sea el resultado, supondrá una clara erosión del entramado de normas e instituciones de las que depende la gobernanza de la globalización, y con ella, las opciones de inserción internacional de América Latina.

Miradas para el análisis de un cambio de ciclo

Este número de *Pensamiento Propio* pretende examinar este cambio de ciclo y sus implicaciones para la región desde varios ángulos y países claves, para lo que se ha reunido a un destacado elenco de especialistas en la región. El número se estructura en tres partes. La primera, referida a cuestiones transversales; la segunda, sobre el papel de los principales actores externos, Estados Unidos, la Unión Europea, y China. La tercera examina ese cambio de ciclo desde la perspectiva de tres estudios de caso de la región: Argentina, Brasil y México.

La primera parte abre con la contribución de José Antonio Sanahuja —que es también editor invitado de este número—, que parte de las significativas divergencias que han existido en la región en cuanto a las políticas económicas y de desarrollo, el concepto y la práctica de la democracia, el papel del Estado y la acción gubernamental, o la política exterior y las estrategias de inserción internacional, que se entrelazan, como causa y efecto, con una narrativa en la que América Latina y el Caribe ha sido descrita a menudo de forma simplista, dicotómica y poco precisa como una región “fracturada”, con “dos Américas Latinas”, la neo-desarrollista y la liberal, la progresista y la conservadora, o la “Atlántica” y la “Pacífica”. El artículo, que se centra en el fenómeno de la integración y el regionalismo, desafía esta visión mostrando que no ha impedido que exista cooperación sectorial y concertación política en diversas agendas, y que en realidad, los nuevos regionalismos de este

periodo tienen elementos en común en cuanto a su diseño institucional, y su vulnerabilidad externa de cara al fin de ciclo de las materias primas y los riesgos que puede plantear la crisis o estancamiento de la globalización. Ello exigiría un análisis más profundo, atendiendo a factores estructurales, más que a narrativas ideologizadas, así como respuestas concertadas y un diálogo renovado más allá de la áspera y sobredimensionada confrontación ideológica que ha marcado el ciclo anterior.

Sergio Caballero, de la Universidad de Deusto, se centra en su artículo en la dimensión geopolítica y económico-comercial de la inserción internacional de la región, a través del estudio, desde la perspectiva latinoamericana, del inter-regionalismo y del multilateralismo. En particular, se examina el nuevo formato de relacionamiento interregional que suponen los “mega-bloques” comerciales como el Acuerdo de Cooperación Transpacífico (TPP, por sus siglas en inglés) y el Acuerdo de Asociación Económica y de Inversión Transatlántica (TTIP, por sus siglas en inglés), analizando las opciones y demandas que supone una inserción latinoamericana por vía del regionalismo, en la confianza de que “juntos somos más fuertes”, por vía del tradicional multilateralismo a través de la Organización Mundial del Comercio (OMC), o finalmente por nuevas fórmulas de trans-regionalismo que apuntarían a un escenario de “globalización regionalizada o selectiva”.

2015 marca también un nuevo ciclo en la agenda global de desarrollo. Ese año expiraron los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), y se adoptaron los llamados Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), que definen una nueva agenda de desarrollo global para 2030. El artículo elaborado conjuntamente por Carlo Tassara, de la Universidad La Sapienza de Roma, y Simone Cecchini, de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe de Naciones Unidas (CEPAL) examina en primer lugar el desempeño regional en el cumplimiento de los ODM, como necesaria “línea de salida” para los ODS. Estos últimos son también objeto de atención, y en particular, cómo la cooperación internacional al desarrollo habría de actuar ante esa nueva agenda. Finalmente, el artículo realiza un análisis pormenorizado de la aplicación de la Agenda 2030 de Desarrollo Sostenible en América Latina y el Caribe, a partir del enfoque de las “brechas estructurales” aportado por CEPAL.

La primera parte de la revista, dedicada a cuestiones temáticas, analiza también la conexión entre el regionalismo, las políticas exteriores y la vigencia de la democracia en la región. La contribución de Carlos Closa (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de España) y de Stefano Palestini (Universidad Libre de Berlín) examina a la luz de la experiencia latinoamericana con las cláusulas democráticas de los acuerdos regionales la tensión existente entre, por un lado, la protección de la democracia y, por otro, el principio de soberanía y no intervención en los asuntos internos. A partir de una exhaustiva investigación empírica, el artículo muestra que ello se ha resuelto mediante diseños institucionales que permiten una amplia discrecionalidad a los Estados parte. Ante un nuevo ciclo marcado por la recesión económica y la tendencia a la agudización de conflictos sociales y políticos, se corre el riesgo de que esos mecanismos se utilicen más como instrumentos de auto-protección de los gobiernos que de verdadera protección de la democracia, o que podría erosionar la legitimidad de las organizaciones regionales.

La segunda sección de este número, como se indicó, analiza el cambio de ciclo que afronta la región desde la perspectiva de los principales actores externos: Estados Unidos, la Unión Europea y sus Estados miembros, y China. La contribución de Tullo Vigevani (Universidad Estadual Paulista) y de Fernanda Magnotta (Fundação Armando Álvares Penteado), se centra en el primero de ellos. En las relaciones con América Latina, no se puede afirmar que Estados Unidos haya tenido una actitud de apatía hacia la región, ni que haya habido alguna mejora sustancial durante el gobierno de Obama. Se mantendrá un escenario de incertidumbre que afecta a ambas partes. En Estados Unidos, la agenda se ve impulsada, por razones estructurales, hacia un mayor aislacionismo y proteccionismo cuyas principales consecuencias puede verse en el comercio y la inmigración. En América Latina, el fin del desarrollismo y el “giro liberal” tampoco ofrece garantía de estabilidad a largo plazo, por lo que seguirá dificultades para el diseño de escenarios futuros, y no deberían esperarse grandes cambios en las relaciones hemisféricas.

Xulio Ríos, del Observatorio de Política China, examina la creciente importancia de China en las relaciones exteriores y la inserción internacional de América Latina, que a pesar de la escasa diversificación

de productos y mercados y de la re-primarización de las exportaciones y la desindustrialización de algunas economías latinoamericanas, se caracteriza por una visible complementariedad. Tras la crisis de 2008 se observa un cambio de escenario que exige modificar ese patrón comercial, y que ambas partes den prioridad a la educación, la tecnología o las infraestructuras. Los vínculos políticos, bilaterales y multilaterales, pueden facilitar la conformación de una agenda compartida, pero según Ríos, es necesario que América Latina y el Caribe definan una agenda común hacia ese actor.

Las relaciones entre América Latina y la UE también se ven sometidas a tensiones, y en ellas se observan elementos de cambio, aunque también de continuidad. Ambas regiones, según Anna Ayuso (CIDOB) y Susanne Gratius (Universidad Autónoma de Madrid) experimentan una mayor fragmentación interna y un ciclo económico adverso. Cambia, por ello, su tradicional modelo de relación, que está transcurriendo entre el tradicional modelo del interregionalismo puro, y una relación normativa basada en la cooperación Norte-Sur, por un lado, y un interregionalismo híbrido, que combina las Cumbres UE-CELAC con el bilateralismo selectivo. Se ha producido un reequilibrio de esas relaciones, hacia una mayor horizontalidad, e incide la aparición de nuevos actores, como China. Con todo ello, no está claro si se trata de un nuevo ciclo caracterizado por el pragmatismo o por el distanciamiento.

Una tercera sección parte de tres casos nacionales; Brasil, México y Argentina. Miriam Gomes Saraiva y Paulo Afonso Velasco Júnior (Universidad del Estado de Río de Janeiro) examinan cómo la fase expansiva —y una crisis de 2008 con escasos efectos— contribuyó a importantes avances sociales y a proyectar Brasil como líder regional y global. La Presidencia de Dilma Rousseff, sin embargo, coincidió con un empeoramiento de la situación económica, una mala gestión política, y una política exterior más retraída. Esa combinación de crisis interna y menor proyección externa significó un claro declive de Brasil como actor internacional, al que se suma el viraje emprendido en 2016 por el nuevo gobierno de Michel Temer, con una clara orientación liberal-conservadora, que se sitúa en una región y un escenario internacional que también presenta cambios importantes.

Ana Covarrubias, Directora del Centro de Estudios Internacionales del Colegio de México, examina la política exterior de ese país atendiendo

tanto al cambio de ciclo en ese país, con una transición democrática y una fallida “guerra contra las drogas” como elementos clave, como al contexto externo, marcado en este caso más por un cierto retorno de México a la concertación política en América Latina, a través de CE-LAC, y por los cambios en Estados Unidos y sobre todo por la elección de Donald Trump que por el auge y caída de las materias primas, que afecta más a Sudamérica.

Finalmente, el caso de Argentina es analizado a través de la contribución de Patricio Carmody, investigador doctoral de la École des Hautes Études Internationales, en París. Junto con Brasil y Perú, Argentina es uno de los países que ha protagonizado el “giro liberal-conservador” que se observa en la región y que es, desde la perspectiva de la política interna, uno de los elementos que permite hablar de un cambio de ciclo en la región. Este autor, partiendo de una matriz de análisis propia de la política exterior, examina el primer año de gobierno Macri, que ha supuesto una notable reorientación de dicha política, con un modelo más desideologizado y pragmático, con la intención de “volver al mundo”. El artículo refleja importantes logros, pero también dificultades internas y externas, en particular las derivadas de visible desajuste que plantean las posiciones de Estados Unidos y la UE, menos proclives a la apertura y una mayor involucramiento económico con Mercosur y en particular con Argentina.

Comentarios finales

Los artículos que integran este número indican con cierta claridad que con la finalización de la bonanza exportadora y el ciclo expansivo, la recesión económica, y las dificultades crecientes que plantea un escenario internacional con menos oportunidades para la mejora de la inserción internacional de América Latina, ésta ha de recalibrar sus visiones del mundo, sus estrategias de política exterior, y plantearse qué papel se otorga a las organizaciones regionales como instrumentos de desarrollo económico y social, de gobernanza regional, de apoyo a la democracia, y para proyectar a la región al mundo, incidiendo en la gobernanza global y en la gestión colectiva de los riesgos globales que la afectan. Este número de Pensamiento Propio pretende hacer una modesta aportación a esta reflexión. Aunque en su diseño se ha

optado por dejar a un lado el debate teórico, los trabajos aquí reunidos plantean también interesantes aportes para el análisis de la relación entre agencia y estructura en ese cambio de ciclo y en sus manifestaciones nacionales, regionales, y globales: hasta qué punto los procesos de cambio en la región se ven influidos por transformaciones de mayor alcance en el sistema internacional, y cómo éstas pueden tener consecuencias muy distintas a partir de los procesos sociales y políticos, los actores y las instituciones de cada país. Pero esa es una reflexión que quedará en manos de quienes, leyendo estas páginas, se sientan llamados a elucidar esa cuestión.

Las últimas líneas de esta presentación son de agradecimiento a todos los autores y autoras que han participado en este número, por la calidad de sus contribuciones y por la paciencia demostrada ante los comentarios y sugerencias del editor. Agradecimiento también, y de manera especial, a Andrés Serbin, director de la revista y presidente ejecutivo de la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES), por la confianza manifestada al encomendar esta tarea, y a todas las personas que desde CRIES hacen posible esta publicación.

Madrid, diciembre de 2016

